Puedes haberte documentado e ir desde casa con un enfoque claro, pero aterrizar en el lugar y ver que necesitas permisos para moverte de ciudad en ciudad que no llegan, que no puedes ir donde habías pensado hacerlo, que tienes que soltar más dinero de lo previsto, que han caído cuatro morteros y debes dar cuatro pasos atrás... Lo importante es adaptarte a las circunstancias del viaje, y si no consigues la fotografía que pensaba que sí, no pasa nada. Lo importante no es conseguir grandes fotos o testimonios, sino lograr la confianza de la gente.

¿Qué significa regresar a los países de los que ya informó?

Precisamente, que la gente sigue confiando en ti. No hubiera servido de nada hacer una foto espectacular, pero no poder volver porque para lograr esa foto utilicé métodos turbios y la gente ya no me quiere ver. Me gusta el periodismo a fuego lento, sembrar mucho y esperar, que ya recogeré. Poder ir a Alepo a las dos semanas del terremoto es fruto de cinco años de confianza, de ese proceso de siembra, que hizo que fuese el único periodista español allí. Es mi forma de trabajar ahora, que ha evolucionado.

Le leo frases de testimonios que recoge en el libro: "Vivimos todos los días con miedo", "disparábamos a ciegas", "no teníamos más remedio que masacrarles". ¿Somos capaces en nuestras casas de entender todo el significado de estas palabras?

Nieva ceniza es un proyecto de largo recorrido que busca hacer llegar, sobre todo a los más jóvenes, esa chispa que se llama empatía. Para ponernos en el pellejo de esa gente que sufre lo único que debemos hacer es ver que esas personas están relacionadas con nosotros, y la labor de un periodista local es conseguir historias de gente que vive a nuestro alrededor pero han tenido que huir de sus países por una situación de guerra, por ejemplo. Las historias locales forman parte de lo que hay más allá, y lo que hay más allá forma parte de esas historias locales. Ahora, con 50 años, he comprendido que nuestra misión es conectar la información local con la internacional de manera que nos proyectemos en ese espejo, que nos veamos identificados ahí. ¿Por qué no conseguimos sensibilizarnos? Quizá porque nos estamos centrando en la herida y no estamos profundizando demasiado en lo importante: las personas.

Cuando en 2016 Georges Sabé recogió el Premio Internacional Navarra a la Solidaridad como miembro de los Hermanos Maristas Azules de Alepo (Siria), dijo en el Parlamento: "Decid a los grandes gobernadores del mundo que nos dejen en paz. ¿Por qué nos venden armas?".

Georges Sabé es uno de los motores más importantes de este libro. Me ha enseñado que hay que trabajar para todo el mundo por igual. Él lo hace para cristianos, para musulmanes, desde la primera línea y jugándose la vida. Es lo que quiero hacer con el periodismo. Cuando este febrero volví a estar con él, vi que el premio físico del Parlamento —una escultura de Oteiza y un diploma— está hoy en la estantería de una sala donde, tras el terremoto, acogieron a más de mil personas afectadas. Navarra estaba ahí. Entonces me dijo: "Mira, Iván, no es justo que haya dos mundos". Y todavía es más injusto que nos instalemos en ese primer mundo y que no queramos salir de nuestra zona de confort, hasta que nos toca. Porque Siria nunca pensó que viviría una guerra, y menos como esta, y ahora encima un terremoto. Su vida era muy parecida a la nuestra y por eso millones de turistas iban a visitarla.

Hay una pregunta recurrente en usted hacia toda persona con la que habla: "¿Con qué sueñas?". ¿Con qué sueña usted?

Sueño con volver a los sitios [sonríe], pero, como todo lo hago con mi dinero y mis vacaciones, necesito presupuesto.

Me hablaba al principio de aquella chispa que prendió en usted. ¿La necesidad se convirtió en obligación moral?

Es que los periodistas tenemos un compromiso social igual que lo tiene un médico, una enfermera... Y eso es lo que las empresas de los medios de comunicación no tienen claro, convirtiéndose en grandes gabinetes de comunicación. En mi opinión, el compromiso con la información se ha perdido, y lleva a reducir costes, con unas consecuencias muy importantes, como obviar lo que está pasando en nuestras calles, en nuestra región, en otros países. Nunca antes en la historia reciente de la humanidad había habido tantas personas huyendo por la violencia. ¿Por qué? Porque Naciones Unidas no está cumpliendo con su trabajo. Pero tampoco los medios de comunicación: como no hay reporteros que viajen a los lugares, no se cuenta lo que ocurre, y la impunidad es mayor. Además de Ucrania, ¿en qué otras guerras ha habido reporteros contando lo que sucede, al margen de *freelance* que de manera personal viajan? Las instituciones se deben poner las pilas y ayudar a los reporteros con bolsas de dinero para viajar de forma segura a los lugares y volver con proyectos con los que lograr empatizar. Porque el futuro está en las nuevas generaciones y, si no conseguimos llegar a ellas, vamos a tener un gran problema.

Tras 25 años de viajes, ¿quién es hoy usted?

Una persona muy sensible, mucho más que antes, que trabaja con un nudo en la garganta de continuo, principalmente desde que soy padre y veo a mis hijas en los rostros de todos los niños que he ido conociendo por el mundo y a ellos, en los rostros de mis hijas cuando vuelvo a casa. Y soy una persona mucho más curiosa y con muchas más ganas de estar en la primera línea.

DNI

Iván Benítez Forniés nació el 8 de agosto de 1972 (50 años), trabaja en *Diario de Navarra*, suma 30 años de experiencia como fotoperiodista local e internacional y ha viajado a una veintena de países buscando respuestas. Tiene dos hijas con su mujer, Marta de la Torre Fuentes: Helena, de 8 años, y Vera, de 2. En 2021 publicó *El mundo del revés*, los 101 primeros días del estado de alarma desde la mirada de su hija Helena, entonces de 5 años, "para no olvidar qué ocurrió". El mismo objetivo de su segundo libro.

'NIEVA CENIZA. CRÓNICAS CONTRA EL OLVIDO'
Autor: Iván Benítez.
Editorial: Eunate.
Número de páginas: 428.
Precio: 19,90 euros (ebook, 9,50 euros).

Iván Benítez, este febrero en Alepo (Siria). CEDIDA

LA FRASE

"¿Por qué no conseguimos sensibilizarnos? Quizá nos estamos centrando en la herida y no profundizamos en las personas"

Mercedes Morán y Darío Grandinetti, en un fotograma de la película.

La verdad del dolor

CINE Asier Gil

'EMPIEZA EL BAILE'
Dirección y guion: Marina Seresesky
Intérpretes: Darío Grandinetti, Mercedes Morán, Jorge Marrale, Pastora Vega, Agostina Pozzi, Lautaro Zera, Marcelo Xicarts, Carolina Sobisch
Música: Nicolás Guerschberg
Fotografía: Federico Rivares
Duración: 99 minutos
Argentina-España, 2023

EL mundo ha permitido que haya argentinos. Y también ha autorizado a que anden por la tierra personas melancólicas. Pero, ah, ser argentino y melancólico constituye un plus demasiado grande. Formas entonces parte de otra liga. Juegas con las cartas marcadas en una partida donde llorar a la vida vigilando de reojo a la muerte. Valga una sola frase de un libreto pletórico, colmado de sentencias que esculpir en piedra: "Todavía no se inventó la palabra para describir el vacío que queda en una pareja de tango cuando uno de los dos se va". Y haciendo el ademán con los brazos de sujetar a su antigua compañera, recita: "Esto es todo lo que me queda de ella: este espacio en el que no está". Si no se han conmovido, léanlo con acento argentino. Y si aún así, siguen igual, háganselo mirar. Estoy convencido de que tiene cura.

Quien pronuncia esos sentimientos se llama Juan Carlos Moreno, el gran Juan Carlos Moreno, que diría el personaje en la ficción, la mitad de un dúo de bailarines que, junto a Margarita Rey, adoptaba hacía décadas el sobrenombre de Los magos del 2x4, en la época en la que eran conocidos antes de que el paso del tiempo devorara sus recuerdos en la mente de un país en el que cualquier disciplina se convierte en arte, y cualquier arte muda a religión. Afincado en el Madrid en el el que las manchas de nostalgia se adhieren a la ropa y no salen jamás, por mucho que se las lave con nuevas experiencias, recibe un telefónazo en el que le cuentan que su vieja parteinaire se ha bajado de los escenarios. Presto y apesadumbrado, cruza el charco para darle su último adiós, antes de verse envuelto en un compendio de sorpresas que no tengo a bien desvelarles. La autora de esta mezcolanza entre dolor y comedia, Marina Seresesky, ya dejó patente en su primera película, *La puerta abierta*, que se mueve con soltura en terrenos pantanosos, en los que el mínimo desliz te desvía al camino del sentimentalismo de saldo, con su característico subrayado del patetismo y ese apego por buscar quebrantar la entereza del espectador más impresionable. Tanto en ese caso como en este (mucho más en este), sobresale una particularidad palmaria: el protagonismo absoluto del reparto. El filme no está escrito con el objetivo de relatar una historia al público. Se creó específicamente para poner en la labia de tres sujetos encadenados al infortunio su visión de cómo golpea en sus almas una trágica sucesión de acontecimientos. El guion se basa en ese principio, en ceder la batuta a los rostros de un trío de actores que hacen suyo el sufrimiento y, ocultándolo bajo el manto de la ironía y las chanzas burlescas, intentar someterlo mientras se les escapa por la boca lo que no supieron gestionar con el corazón.

Y qué bien plasma el desconsuelo en oraciones sensacionales la cineasta porteña, sirviéndose del humor para, potenciándolo con la soberbia típica de sus conciudadanos, apelar a la empatía del respetable. Tanto esfuerzo se dedica a ese ámbito, que después las piernas le tiemblan a la hora de modular la evolución de la trama, que transita por derroteros tendentes al absurdo y que no llenan la pantalla de la misma manera que unos diálogos maravillosos. De igual modo, la puesta en escena se resiente y no exhibe suficiente nivel para equipararse con el texto. Sobre todo, en los minutos iniciales, rodados en España con escasísima precisión, como si los manufacturara un estudiante sin ambición. En el otro extremo se sitúa la genialidad de los intérpretes. Mercedes Morán y Jorge Marrale salvaguardan la sensibilidad y el histrionismo que requiere el largometraje. Sin embargo, Darío Grandinetti los adelanta con una supremacía avasalladora. Nadie habrá en este planeta capaz de derramar una lágrima por dentro de los ojos, recorriendo el interior de la cara, aunque el surco muestre sus efectos en el exterior, en un gesto de contención apabullante. Solo un artista argentino que otea la añoranza y se erige como el ser más triste de todo el universo.